

# LA VETERANA RAPOSA

**AUTOR: VAN GOGH**

Desde lo alto de Majaramojos descendía sigilosamente; sus ojos, avispados y molestos, producían recelo; sus colmillos, agresivos y blanquecinos, desconfianza; y sus pisadas marcaban el ritmo de una noche tenebrosa en la que podía predecirse que un acontecimiento trágico iba a suceder.

Su ritmo era lento y torpe, observaba dudosa todo lo que acontecía a su alrededor, pero no había nada en el monte que escapase a su mirada.

En el cielo, negro como el carbón, no se apreciaba ninguna estrella; el viento era fuerte, propio de una noche de invierno; y el suelo estaba cubierto por una suave capa de nieve.

Según avanzaba por el sendero sentía el paso del tiempo, cada huella era un recuerdo en su vida, notaba uno por uno los huesos de su cuerpo, cada vez mas debilitado por las inclemencias sufridas a lo largo de los años.

Al alcanzar la charca se aproximó para saciar su sed y tomar aliento. Tenía hambre, y el frío invernal la estaba torturando, pero aún se sentía con fuerzas para visitar la urbe del que siempre había sido su hogar, el pueblo de Cepeda.

Mientras se dirigía a la villa, como tenía programado desde hacía mucho tiempo, siguiendo la regadera del Vijuelo, iba recordando todas sus vivencias desde la madriguera arropada por los cuidados maternos, repasó las pocas veces que había llegado a pisar el asfalto, ya que su miedo a las personas, inculcado desde su infancia, le habían impedido visitar cada rincón de ese maravilloso pueblo, pero esa noche estaba dispuesta a llegar hasta su corazón.

Tras tropezar con unas piedras, empezó a oler a humo y avistó lo que parecían ser unas casillas, detrás de ellas se extendía un mundo de luz y resplandor al que ella estaba muy poco acostumbrada, por lo que adoptó una postura temerosa y curiosa a la vez, mientras seguía avanzando.

Junto a la carretera encontró una grandiosa fuente de piedra, que le produjo tal fascinación, que no pudo evitar acercarse a ella para observar su reflejo, ese reflejo que tanto le hacía pensar en la vida y en la muerte, volvían a su memoria el recuerdo que conservaba de sus congéneres que ya no estaban, escenas muy cortas de su vida se reproducían en sus pensamientos como una película, sus primeros juegos junto a sus hermanos y hermanas, sus primeras cacerías en solitario, descubrir el entorno que le rodeaba por primera vez, todo ello le producía ternura y una gran tristeza en lo mas profundo del alma al mismo tiempo.

Después de dejar atrás la fuente se dirigió al interior del pueblo atraída por su luminosidad.

Según iba conquistando el terreno, recordaba que muchas de esas calles construidas por el ser humano antes estaban ocupadas por caminos, y sus casas, ocupaban el sitio de inmemoriales praderas y piornos, que dominaban antaño el territorio. Sabía que todas esas acciones estaban llevando a la extinción de su especie y de muchas otras que habitaban en el bosque.

Al girar la esquina de lo que parecía ser el centro del pueblo se alzo ante sus ojos algo asombroso, eran un montón de piedras en medio de la plaza, acababa de descubrir el monumento mas importante del pueblo, el Rollo.

Tras repasarlo con la vista más de cuatro veces se dirigió hacia él, pero unos gritos que provenían de lo alto del pueblo le espantaron calle abajo. En ese momento su corazón empezó a latir con fuerza, una vez bajada la calle giro a la izquierda asustada por un coche que en ese momento casualmente pasaba por la carretera, estaba nerviosa, corría despavorida, olvidándose del cansancio, con la única meta de ponerse a salvo.

Al pasar el río de nuevo se sintió mas aliviada, pero aún seguía viendo casas por todas partes, y su corazón, frágil como el cristal, parecía salirse del pecho, a la vez se sentía feliz, ese gran sueño que acababa de cumplir le había llenado de alegría, pensaba volver todas las noches, pero para ella ya era demasiado tarde, su longevidad de más de diez años se había agotado, el esfuerzo y las emociones habían consumido sus últimas energías, su corazón falló y en ese momento cayó desplomada.

A la mañana siguiente Martín, que correteaba por la zona se tropezó con ella, más tiesa que la mojama, sobre una cuna de nieve.

- Mira, abuelo, una zorra.
- Mal animal, hijo, sabes que vienen al pueblo a comerse las gallinas.
- Pero abuelo, ¿qué gallinas? Si no hay ninguna ya hace años.